

1 Todo bajo el signo de la cruz y en el nombre de la Ssma. Trinidad **(En el nombre del Padre + y del Hijo...)**

Bajo el signo de la cruz

Comenzamos la misa poniéndonos bajo el signo de la cruz, signo que trazamos con amplitud, marcando nuestro cuerpo. Públicamente, toda la asamblea -la Iglesia presente en un templo- se persigna. El árbol de la cruz -madero infamante, como la llamaban los antiguos- se ha convertido en árbol de gloria, gracias a Jesucristo, que la cargó sobre sus hombros.

El Señor ya vivió su Pascua. Nosotros, en cambio, todavía debemos completar lo que falta a la pasión de Cristo Jesús ya llegó... Nosotros aún caminamos.

Al comenzar la Eucaristía con este gesto, toda la vida del Señor tiene que desplegarse ante nosotros como quien descorre un telón, para captar que tanto la existencia del Salvador como la nuestra, llevan este signo. Ya cuando María y José presentan al Niño en el templo, nuestra Señora descubre que 'una espada le atravesaría el corazón' (cf. Lc 2,34-35). El dolor del Hijo sería el dolor de la Madre, dolor que se traduciría en la cruz, cruz cotidiana que tenemos que cargar para seguir a Jesús y ser dignos discípulos suyos (cf Mt 10,38).

Así hemos comenzado la celebración eucarística: con la cruz como un hecho ineludible y necesario para la redención. Este Banquete es también Sacrificio y en un sacrificio, es necesaria una víctima. Comulgaremos en 'la Cena del Señor', comiendo su Cuerpo y bebiendo su Sangre. Todo lo que sigue en la misa nos irá adentrando -con el hilo conductor de la cruz- por los pasos que dio Jesús antes de ser martirizado en el Gólgota -condición previa (morir y ser sepultado)- para alcanzar la victoria final (resucitar).

Todo irá convenciendo a la asamblea reunida, de que la muerte de Cristo en la cruz, hecho pascual que simboliza cada eucaristía, no fue el acto de un suicida, ni el gesto cruel de un Dios-verdugo, ni la estupidez de quien se entregó por una causa perdida. Fue la acción voluntaria de quien manifestó de modo extremo, hasta qué punto es cierto que no hay amor más grande que dar la vida por los amigos' (Jn 15,13). Fue la acción de un Dios que se hizo hombre para que nosotros -pasando por la cruz- recibiéramos una vida que jamás tendrá fin.

Y de aquí surgirá un interrogante. ¿Sabremos llevar la cruz a cuestas? ¿Nos negamos a nosotros mismos, para afirmar a Dios en nuestras vidas? ¿Cargamos con nuestra cruz y nos hacemos cargo del peso de la cruz del hermano, para cumplir así la ley de Cristo? (cf Gál 6,2) Jesús, muriendo en la cruz, quiso manifestar que abrazaba todas las cruces del mundo: el pecado, la miseria, la desesperanza, el dolor, la soledad y las lágrimas, la orfandad, la incomprensión, la injusticia... todo lo que pueda llevar el nombre de 'cruz'. Éste es un signo de 'dolor glorioso', pues nos gloriamos en nuestras debilidades y en la cruz de Cristo.

En el nombre del Padre y del Hijo y el Espíritu Santo

La oración litúrgica cristiana se dirige siempre al Padre (salvo excepción). Él es el destinatario de nuestra alabanza, acción de gracias y súplica. Pero en este acto primero de glorificación incluiremos al Hijo y al Espíritu Santo. Toda la Trinidad será glorificada por la asamblea que celebra la pascua de muerte y vida del Señor Jesús.

Una vez que vayamos avanzando, nuestro enfoque será *al Padre, Por Cristo, en la unidad del Espíritu Santo*.

Dios-Padre será aquél a quien nos dirigimos. Cristo-Hijo de Dios hecho hombre, por su humanidad sacramental, será el mediador. El Espíritu Santo, en su misión de recordarnos todo lo que Jesús nos dijo, y conducirnos al conocimiento de toda verdad (cf Jn 14,26 y 16,13) será 'el Viento' que nos empuje y 'el Fuego' que haga arder nuestros corazones.

La clave de un buen celebrante -y todos debemos serlo: ministros ordenados, instituidos o designados, ordinarios o extraordinarios, religiosos y religiosas, laicos...- será tener en cuenta su rol, que siempre establece una relación con los destinatarios: Dios y los hermanos a quienes prestamos un servicio. Toda la Iglesia celebra: itambién los laicos! Sería cosa muy buena que todos pudiéramos decir: 'El domingo pasado *celebré la misa* en tal o cual lugar...', pues eso es verdad.

Aunque cada uno celebra según su oficio, queda en pie que la Iglesia entera es la que celebra, articulándose esta celebración, en distintos ministerios.

Por el momento que quede claro que cruz y Trinidad, unidas, son el primer escalón pára el primer paso de otros que completarán el recorrido...